

SEGUNDA PARTE

DE LOS MEDIOS DE DEFENSA EN EL INTERIOR Y EN EL EXTERIOR

To bee or not bee.

Serlo o no serlo; esta es la cuestión.

SHAKSPERE, *Hamlet*.

MEDITACIÓN X

TRATADO DE POLÍTICA MARITAL

Cuando un hombre llega a la situación en que le hemos dejado en la primera parte de este libro, suponemos que la idea de que su mujer es poseída por otro puede aún agitar su corazón, y que su pasión volverá a renacer, ya por amor propio o por egoísmo, o ya por interés, pues si no continuase queriendo aún algo a su mujer, sería el último de los hombres y merecedor de su suerte.

En esta larga crisis es muy difícil que un marido no cometa alguna falta; pues los más desconocen aún más el arte de gobernar a una mujer, que el de saberla escoger. Sin embargo, la política marital consiste únicamente en la constante aplicación de tres principios que deben ser el alma de vuestra conducta. Estos principios son los siguientes: 1.º, no dar fe nunca a lo que os dice vuestra mujer; 2.º, buscar, sin detenerse a juzgarlas, el

móvil de sus acciones, y 3.º, no olvidar jamás que una mujer nunca dice tanto como cuando calla, y nunca obra con más energía que cuando está quieta.

Desde este momento sois semejante al jinete que, montando en un caballo falso, tiene que mirarle siempre a las orejas para no ser desarzonado.

Pero el arte estriba, más bien que en el conocimiento de los principios, en la manera de aplicarlos: revelárselos a un ignorante es como dejar una navaja de afeitar en manos de un mono. El primero y más importante de vuestros deberes está en el disimulo perpetuo a que faltan la mayor parte de los maridos. Al apercibirse de un síntoma minotáurico algo marcado en sus mujeres, la mayor parte de los hombres lo denuncian por medio de insultantes desconfianzas. Sus caracteres adquieren una acritud que se echa de ver en sus palabras o en sus modales; y el recelo deja ver su alma, como una luz de gas colocada detrás de un globo de vidrio deja ver el interior de éste; el recelo ilumina su rostro con tanta claridad, que la mujer llega a explicarse su conducta.

Por otra parte, una mujer que tiene doce horas al día para reflexionar y observaros, lee vuestras sospechas en vuestra frente en el mismo instante en que éstas nacen. Esta injuria gratuita jamás os la perdonará. Entonces ya no existe remedio alguno, y queda todo resuelto: si tiene ocasión, al día siguiente mismo se afilia en el bando de las mujeres inconsecuentes.

En esta situación, debéis, pues, empezar por afectar con vuestra esposa esa ilimitada confianza que teníais, no ha mucho, en ella. No intentéis tampoco engañarla con palabras melosas, porque en ese caso estaríais perdidos: ella no os creería, toda vez que tiene su política, como vosotros la vuestra. Es preciso, pues, que mostréis tanta astucia como candidez fingida en vuestras acciones para inculcarle, sin que ella misma se dé cuenta, ese precioso sentimiento de confianza y seguridad que la mueve a obrar sin rebozo, y que os permitirá siempre conocer su conducta y saber cuándo deberéis usar el freno y cuándo la espuela.

Pero ¿cómo atreverse a comparar a un caballo, que es el más cándido de todos los seres, con una criatura a quien los espasmos de pensamiento y delicadeza de órganos hacen a veces más prudente que al servito de Fra-Paolo, el más terrible consultor que los Diez tuvieron en Venecia, más disimulada que un rey, más diestra que Luis XI, más ¡rofunda que Maquiavelo, tan sofística como Hobes,

astuta como Voltaire, más complaciente que la prometida de Mamolín, y que desconfía más de su marido que del mundo entero?

Por estas razones, a este disimulo, que contribuirá a que los resortes de vuestra conducta sean tan invisibles como los que mueven al universo, es necesario que añadáis un imperio absoluto sobre vosotros mismos. La imperturbabilidad diplomática tan alabada por Talleyrand debe ser patrimonio vuestro, su exquisito tacto y la gracia de sus modales deben animar todos vuestros discursos. El profesor os prohíbe aquí terminantemente el uso del látigo, si queréis lograr manejar a vuestra gentil andaluza.

LXI

Si un hombre maltrata a su querida... se hiere; ¡pero si maltrata a su mujer!... es un suicida.

Pero ¿cómo concebir un gobierno sin ejército, una acción sin fuerza, un poder desarmado?... Este es el problema que procuraremos resolver en nuestras Meditaciones futuras. Pero antes de esto, voy a haceros aún dos observaciones preliminares que os darán a conocer dos teorías nuevas muy necesarias para la aplicación de los medios mecánicos cuyo empleo vamos a proponeros. Un ejemplo práctico amenizará estas áridas y secas disertaciones: ¿no equivaldrá esto a dejar el libro para operar en el terreno?

Una hermosa mañana del mes de enero de 1822, subía yo por los bulevares de París, desde el pacífico Marais hasta las elegantes regiones de la Chaussée d'Antin, observando por vez primera, no sin sentir una satisfacción filosófica, esas extrañas degradaciones de fisonomía y esa diversidad de trajes que, desde la calle del Pas de la Mule hasta la Magdalena, hacen de cada trozo de bulevar un mundo distinto, y de toda esta zona parisiense un largo muestrario de costumbres. Como no tenía aún idea de lo que es la vida, y como ni siquiera sospechaba que había de llegar un día en que tendría la presunción de erigirme en legislador del matrimonio, iba a almorzar a casa de uno de mis compañeros de colegio que, demasiado joven sin duda, se había echado ya encima la carga de una mujer y dos hijos. Como mi antiguo profesor de matemáticas viviese cerca de la casa que habitaba mi compa-

ñero, había proyectado hacer una visita a aquel digno matemático, antes de entregar mi estómago a las golosinas de mi amigo. No tardé en llegar a su casa y en introducirme en el interior de un gabinete, donde todo estaba cubierto de un polvo que demostraba la honrosa despreocupación del sabio. Una sorpresa me estaba allí reservada. Al entrar vi a una linda joven que estaba sentada en el brazo de un sofá, cual si estuviera sobre un caballo inglés; al verme me saludó haciendo uno de esos movimientos de cabeza que las dueñas de una casa reservan para las personas a quienes no conocen; pero esto no fué bastante para borrar de su rostro la expresión de mal humor que al entrar yo entristecía su casa y para que yo no comprendiese la inoportunidad de mi presencia. Ocupado sin duda en resolver alguna ecuación, mi profesor aun no había levantado la cabeza. Al ver esto, extendí mi mano derecha hacia la joven y me retiré de puntillas dirigiéndole una misteriosa sonrisa, que podía traducirse por: «No seré yo ciertamente el que impedirá que le haga usted hacer una infidelidad a Urania» (1). Ella hizo entonces uno de esos movimientos de cabeza cuya graciosa vivacidad no puede traducirse.

—¡Eh! ¡amigo mío! ¡no se vaya usted! ¡Es mi mujer! —me dijo mi profesor.

Yo saludé de nuevo, y algo de picaresco debía tener mi saludo, porque la señora profesora, como dicen los alemanes, se puso roja como la grana, y haciendo un ligero saludo, se dispuso a salir. Su marido la detuvo, diciéndole:

—No te vayas, hija mía. Es uno de mis discípulos.

Entonces la joven tendió el cuello para hablar al oído al sabio, como el pájaro que, colocado en una rama, extiende el cuello para coger un grano.

—Eso no es posible y voy a probártelo como dos y dos son cuatro—dijo el marido lanzando un suspiro.

—Bueno, no hablemos más de ello, dejémoslo para otra ocasión—y le guiñó expresivamente un ojo señalándome.—(Si el guiño hubiera sido álgebra, mi maestro hubiera podido comprender su significación; pero para él era chino, y, por lo tanto, continuó):

—Hija mía, sé tú misma juez de tu causa; tenemos diez mil francos de renta...

Al oír estas palabras, me dirigí hacia la puerta como si me hubieran llamado la atención unas acuarelas que me

(1) Musa de la astronomía y del cálculo.—(N. del T.)

puse a examinar. Mi discreción fué recompensada con una elocuente mirada. ¡Ay! no sabía ella que yo hubiera representado en aquella ocasión el papel de *Oidofino*, aquel personaje del *Fortunio* que oía nacer las hierbas.

—Los principios de economía general—decía mi maestro—exigen que no se gaste en casa y criados más de las dos décimas partes de la renta, y a nosotros la habitación y los criados nos cuestan cien lises. Te doy a ti mil doscientos francos para alfileres (y recalco cada una de las sílabas de estas palabras). La cocina—continuó—consume cuatro mil francos; nuestros hijos necesitan lo menos veinticinco lises, y no me quedan a mí más que ochocientos francos. El lavado, la lumbre y la luz asciende a mil francos próximamente, y por lo tanto, como tú misma ves, quedan seiscientos francos, que no han sido nunca suficientes para atender a los gastos imprevistos. Para comprar la cruz de diamantes sería preciso mermar nuestro capital en mil escudos, y, una vez abierta esta brecha, hermosa mía, no tardaríamos en tener que dejar París, que tanto te gusta, y trasladarnos a provincias a restablecer nuestra fortuna comprometida. Los hijos y los gastos crecen siempre. Vamos, sé juiciosa.

—Qué remedio me queda—repuso ella;—pero tú serás el único marido en París que no haya dado aguinaldo a su mujer.

Y se escapó como el escolar que acaba de cumplir una penitencia que le fué impuesta por el maestro. Mi profesor movió la cabeza en señal de alegría. Cuando vió la puerta cerrada se frotó las manos; hablamos de la guerra de España, y yo me fuí después por la calle de Provenza, pensando tanto en que acababa de recibir la primera parte de una lección conyugal, como en la conquista de Constantinopla por el general Diebitsch (1). Llegué a casa de mi anfitrión en el momento en que los dos esposos se ponían a la mesa, después de haberme esperado la media hora que prescribe la disciplina ecuménica de la gastronomía.

Si no me equivoco, fué al mismo tiempo que abría una empanada cuando la linda dueña de la casa dijo a su marido con aire deliberado:

—Alejandro, si tú fueses un hombre amable, me regalarías aquel par de pendientes que vimos en casa de Gossin.

(1) General ruso que se distinguió mucho en la guerra contra los turcos.—(N. del T.)

—¡Cásese usted para esto!—exclamó alegremente mi amigo sacando de la cartera tres billetes de mil francos y enseñándoselos a su mujer.

—No puedo resistir al deseo de ofrecértelos, como tú no podrás resistir el de aceptarlos. ¿No es hoy el aniversario del día en que te vi por primera vez? pues toma; los diamantes te lo harán recordar acaso.

—¡Bribón!—exclamó ella sonriendo de un modo encantador.

E introduciendo la mano en el seno sacó un ramo de violetas y lo arrojó a la cara de mi amigo con un gracioso movimiento. Alejandro le entregó el dinero para los pendientes, diciéndole:

—¡Ya había yo visto las flores!

No olvidaré nunca el gesto de viveza, semejante al del gato cuando echa la garra al ratón, con que la esposa de mi amigo cogió los tres billetes de Banco; los enrolló enrollando de placer, y los puso en el sitio de las violetas que momentos antes perfumaban su seno. Entonces no pude menos de pensar en mi profesor de matemáticas. Entonces vi que la diferencia que existía entre su discípulo y él, era la misma que existe entre el hombre económico y el pródigo, y no sospeché siquiera que aquel que sabía calcular más, era el que calculaba peor. El almuerzo acabó alegremente. Instalados después en un saloncito ricamente decorado y sentados ante un fuego que, templando las fibras, las consolaba del frío, me creí obligado a dirigir a aquella pareja amorosa una frase de alabanza sobre el mueblaje de aquel pequeño oratorio.

—Lástima que todo esto cueste tan caro—exclamó mi amigo;—por lo demás, es preciso que el nido sea digno del pájaro. Pero ¿quién diablos te ha dado la idea de alabarme la belleza de cosas que no están aún pagadas? Me obligas a recordar, durante la digestión, que aun debo mil francos a un tapicero turco.

Al oír estas palabras, la esposa de mi amigo recorrió con la mirada todos los objetos que encerraba el saloncito, y su semblante, poco antes alegre, se tornó pensativo. Alejandro me tomó del brazo y me condujo al alféizar de una ventana.

—¿Podrías prestarme por casualidad mil escudos?—me dijo en voz baja.—No tengo más que diez o doce mil francos de renta, y este año...

—¡Alejandro!—exclamó la esposa interrumpiendo a mi amigo, acercándose y presentándole los tres billetes.—Alejandro... Veo que esto es una locura.

—¿Qué tienes tú que ver en esto?—respondió mi amigo.—Guárdate ese dinero, y déjame a mí.

—Pero, amor mío, yo te arruino. Yo debía saber ya que me amas demasiado y que no debía darte cuenta de todos mis deseos.

—Guárdalo, querida mía, pues nunca estará mejor empleado. Después de todo, yo jugaré este invierno y lo recuperaré.

—¡Jugar!—exclamó ella aterrorizada.—Alejandro, toma estos billetes, o me enfado.

—No, no—respondió mi amigo rechazando aquella mano blanca y delicada. ¿No tienes que ir el domingo al baile de...?

—Pensaré en lo que me pides—le dije a mi compañero; y me marché haciendo un saludo a su mujer.

—Es necesario estar loco para hablarle de mil escudos a un estudiante de derecho—pensaba yo al marcharme.

Cinco días después me encontré en casa de la señora de..., cuyos bailes llamaban mucho la atención entonces. En medio de un brillante rigodón vi a la mujer de mi amigo y a la del matemático. La mujer de Alejandro llevaba un bonito traje, y por todo adorno, algunas flores y muselinas; lucía sobre el pecho una crucecita pendiente de una cinta de terciopelo negro que realzaba la blancura de su perfumado cutis, y unos sencillos pendientes de oro adornaban sus orejas. Del cuello de la señora profesora pendía una brillante y soberbia cruz de diamantes.

—Esto sí que es raro—dije yo a un personaje que no había aún leído el gran libro del mundo ni descifrado el corazón de la mujer.

Este personaje era yo mismo. Si tuve entonces el deseo de bailar con aquellas dos hermosas mujeres, fué únicamente porque deseaba descubrir un secreto que, al mismo tiempo que excitaba mi curiosidad, hacía desaparecer mi timidez.

—Vamos, señora, veo que al fin logró usted la cruz—dije a la esposa del matemático.

—Bastante trabajo me costó—contestó sonriéndose de un modo indefinible.

—¡Cómo!—dije a la mujer de mi amigo—¿no tiene usted los pendientes?

—¡Ah!—dijo ella—bastante los disfruté durante un almuerzo... Pero ya lo veis, al fin logré convencer a Alejandro.

—Supongo que se habrá dejado seducir fácilmente, siendo usted la interesada.

Ella me miró con aire de triunfo.

Ocho años después, fué cuando esta escena, sin valor alguno hasta entonces para mí, se apareció en mi mente llena de elocuencia; y, a la luz de la lámpara de mi despacho, estudié y comprendí perfectamente la lección que encierra. Sí, la mujer tiene horror a la convicción; cuando se la persuade, sufre una seducción y sigue desempeñando el papel que la naturaleza le ha asignado. Para ella, dejarse vencer equivale a conceder un favor; pero los razonamientos exactos la irritan y la matan; para gobernarla, es preciso saber servirse del arma que ella usa con tanta frecuencia: de la sensibilidad. En su mujer, pues, y no en sí mismo, hallará el hombre los elementos de su despotismo; lo mismo que ocurre con el diamante, que se pule con su propio polvo, ocurre con la mujer: es preciso trabajarla manejando sus propios sentimientos. Haber ofrecido unos pendientes para que ella misma os los devuelva después, es un secreto que se puede aplicar a todos los detalles de la vida.

Pasemos ahora a la segunda observación.

El que sabe administrar un toman (1), *sabe administrar cien mil*, dice un proverbio indio; y yo amplió la sabiduría asiática diciendo: *El que puede gobernar a una mujer, puede gobernar a una nación*. Existe, en efecto, mucha analogía entre estos dos gobiernos. La política de los maridos, ¿no debe ser poco más o menos como la de los reyes? ¿No vemos a éstos entretener al pueblo para privarle de su libertad; arrojarle comestibles durante un día, para hacerle olvidar la miseria de un año; prohibirle el robo, mientras que a él le están robando, y decirle: «Me parece que si yo fuese pueblo, sería virtuoso»?

Inglaterra es la que va a facilitarnos el método que los maridos deben establecer en sus hogares. Los que tienen ojos han debido ver que, desde el momento en que la *gubernamentalidad* se ha perfeccionado en aquel país, los *whigs* han obtenido rara vez el poder. Un largo ministerio *tory* (2) ha sucedido siempre a otro liberal de efímera existencia. Los oradores del partido nacional se parecen a esos ratones que gastan los dientes en roer la madera podrida de una gatera en el momento en que

(1) Moneda de Persia que equivale próximamente a cincuenta francos.—(N. del T.)

(2) Nombre dado en Inglaterra a los partidarios del poder real. Su opuesto es el *whigs*.—(N. del T.)

huelen el tocino y los chorizos encerrados en el armario. La mujer es el whig de vuestro gobierno. En la situación en que la hemos dejado, debe naturalmente aspirar a la conquista de más de un privilegio. Cerrad los ojos a sus artes, permitid que gaste sus fuerzas en subir la mitad de los escalones de vuestro trono, y cuando ya crea tocar el cetro, hacedla bajar suavemente y con mucha gracia, aplaudiéndola para que no espere un triunfo próximo. Siguiendo siempre esta marcha, podréis emplear cuantos medios creáis necesarios para dominar a vuestra mujer. Tales son los principios generales que debe practicar un marido, si no quiere cometer alguna falta en su reducido reino.

Ahora, a pesar de la minoría del concilio de Macón (Montesquieu, que sin duda había adivinado el régimen constitucional, dijo, no sé en dónde, que, en las asambleas, la razón estaba siempre de parte de las minorías), distinguiremos en la mujer un alma y un cuerpo, y empezaremos por examinar los medios para hacernos dueños de su parte moral. Digan lo que quieran, la acción del pensamiento es más noble que la del cuerpo, y siempre será preferible la ciencia a la cocina, la instrucción a la higiene.

MEDITACION XL
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
DE LA INSTRUCCIÓN CONYUGAL
ALFONSO RIVERA
Año 1925 MONTERREY, MEXICO

En este asunto todo estriba en instruir o no a las mujeres. De todos los que hasta ahora hemos tratado, este es el único que ofrece extremos sin tener término medio. La ciencia y la ignorancia son los dos términos irreconciliables de este problema. Entre estos dos abismos nos parece ver a Luis XVIII calculando las felicidades del siglo XIII y las desgracias del XIX. Sentado en el centro de la báscula, que él contribuía a recargar con su propio peso, contempla en uno de los extremos la fanática ignorancia de un lego, la apatía de un siervo, la brillante armadura de los caballeros de un portaestandarte, y cree oír: ¡Francia y Mont-joie-Saint-Denis!... pero se vuelve y sonríe al ver la serenidad del manufacturero, capitán de la guardia nacional; el elegante cupé de un agente de cambio, la sencillez del traje de un par de Francia con-

vertido en periodista y metiendo a su hijo en la Escuela politecnica; después, las preciosas telas, los periódicos, las máquinas de vapor; y por fin la hermosa taza de Sevres en que le sirven café y en cuyo fondo brilla aún una N coronada.

¡Atrás la civilización! ¡Abajo el pensamiento!... he ahí vuestro grito. Debéis tener horror a la instrucción de las mujeres, por la razón tan conocida en España de que es más fácil gobernar a un pueblo de idiotas que no a uno de sabios. Una nación embrutecida es feliz: si no tiene el sentimiento de la libertad, en cambio tampoco siente sus inquietudes y sus borrascas; vive como los pólipos; como ellos, puede dividirse en dos o tres fragmentos, porque cada fragmento será siempre una nación completa y vegetante, apta para ser gobernada por cualquier ciego armado con el báculo pastoral. ¿Quién produce esa maravilla humana? la ignorancia: ella es la única que puede soportar el despotismo, toda vez que éste necesita para vivir tinieblas y obscuridad. Ahora bien, la felicidad conyugal es, lo mismo que la política, una felicidad negativa. El afecto que los pueblos sienten por el rey de una monarquía absoluta, es sin duda menos contra naturaleza que la fidelidad de la mujer a su marido, cuando entre ambos no existe amor; y sabido es que, pasados los primeros momentos, vuestro cariño, vuestro amor está a punto de desaparecer. Os es preciso, pues, poner en práctica los saludables rigores con que el señor de Metternich prolonga su *statu quo*; pero nosotros os aconsejaremos que los apliquéis con más astucia y más amenidad, ya que vuestra esposa es más astuta que todos los alemanes juntos, y tan voluptuosa como los italianos.

Por eso debéis retrasar lo más que os sea posible el momento en que vuestra mujer os pida un libro. Esto os será sumamente fácil. Empezaréis por pronunciar, ante todo, con desprecio la palabra *bachillera*; y, cuando os pida algún libro, hacédle comprender lo ridículas que resultan en el mundo las mujeres pedantes.

Después le repetiréis con frecuencia que las mujeres más simpáticas y más ocurentes del mundo se encuentran en París, donde las mujeres no leen nunca;

Que las mujeres son como la gente de calidad que, según Mascarille (1), lo saben todo, sin haber aprendido nunca nada;

(1) Mascarille es el tipo que, en las comedias de los siglos XVII y XVIII representaba al criado bribón, intrigante y desvergonzado.—(N. del T.)

Que una mujer, sea bailando, sea jugando, y sin demostrar que escucha, debe saber coger al vuelo esas frases de los hombres notables, con las cuales demuestran su talento en París los necios;

Que en este país se oye en todas las bocas los juicios decisivos sobre los hombres y sobre las cosas; y que el tonillo mordaz con que una mujer critica a un autor o desprecia una obra o un cuadro tiene más poder que un decreto;

Que las mujeres son hermosos espejos que reflejan naturalmente las ideas más brillantes;

Que el talento natural es el todo, y que se instruye uno más con lo que aprende en el mundo, que con lo que lee en los libros;

Que la lectura, en fin, acaba por cansar la vista, etc.

Dejar a una mujer en libertad para escoger los libros que le dé la gana, equivale a introducir una chispa en una Santa Bárbara; ¿qué digo? peor aún, porque es enseñarle a prescindir de vosotros, a vivir en un mundo imaginario, en un paraíso. Porque ¿qué leen después de todo las mujeres? obras apasionadas, las *Confesiones de Juan Jacobo*, novelas y todas esas composiciones que tienden a excitar poderosamente su sensibilidad. A ellas no les gustan las obras que son producto de meditaciones razonadas. Y ¿habéis pensado alguna vez en los fenómenos producidos por esas poéticas lecturas?

Las novelas, y casi todos los libros, pintan los sentimientos y las cosas con colores más brillantes de los que tienen realmente en la naturaleza. Esta especie de fascinación proviene, más bien que del deseo que tiene todo autor de mostrarse perfecto, afectando ideas nobles y rebuscadas, de un trabajo indefinible de nuestra inteligencia. Es innata en el hombre la tendencia a purificar todo lo que tiene en el tesoro de sus pensamientos. ¿Qué figuras o qué monumentos no son embellecidos por el pintor? Por otra parte, el alma del lector ayuda a esta conspiración contra la verdad, ya a causa del silencio profundo en que permanece, o de la fogosidad de la concepción, o ya a causa de la pureza con que las imágenes se reflejan en su entendimiento.

¿Quién, al leer las *Confesiones de Juan Jacobo*, no ha visto a la señora de Warrens más hermosa de lo que era en realidad? Parece que nuestra alma acaricia a seres que ha conocido en otro tiempo, bajo más hermosos cielos, no acepta las creaciones de otra alma sino como si fueran alas para remontarse en el espacio; el rasgo más

delicado lo perfecciona aún y se lo apropia; la expresión más poética de sus imágenes lo poetiza aun más. Estos misterios de la transubstanciación de las ideas, ¿no serán acaso el instinto de un destino más alto que nuestros destinos presentes? ¿Será acaso la tradición de otra vida antigua que hemos olvidado? Si esto es así, ¿qué sería aquella vida, cuando sus vagos recuerdos nos ofrecen tantas delicias y placeres?

Leyendo dramas o novelas, la mujer, criatura más pro-pensa que nosotros a la exaltación, debe experimentar embriagadores éxtasis. Ella se crea una existencia ideal en comparación de lo cual todo palidece, y no tarda en procurar realizar para ella esa vida voluptuosa. Involuntariamente pasa del proyecto a la práctica, y del alma a los sentidos.

¿Y seréis tan cándidos que creeréis que los modales de un hombre como vosotros, que casi siempre os vestís, os desnudáis, etc., etc., delante de vuestra mujer, podrán competir con ventaja con los sentimientos de esos libros y con los amantes que en ellos se representan a las lectoras, sin tachas ni defectos? ¡Pobres tontos! Demasiado tarde, ¡ay de mí! para su desgracia y la vuestra, vuestra mujer llegaría a comprender que los héroes de la poesía son tan raros como los Apolos de la escultura.

Muchos maridos no sabrán impedir que lean sus mujeres, y otros muchos dirán que la lectura tiene la ventaja de que el marido sabe que mientras su mujer lee, no hace otra cosa peor. En primer lugar, ya veréis en la Meditación siguiente cuán belicosa hace a la mujer la vida sedentaria; pero ¿no habéis encontrado nunca alguno de esos seres antipoéticos que logran petrificar a sus pobres compañeras reduciendo la vida a su parte mecánica? Estudiad detenidamente las frases de esos grandes hombres; aprended de memoria los admirables razonamientos con que combaten la poesía y los placeres de la imaginación.

Pero sí, a pesar de vuestros esfuerzos, persistiese vuestra mujer en querer leer... poned inmediatamente a su disposición todos los libros posibles, desde el abecedario de su hijo hasta *Renato*, libro que, puesto en sus manos, es más peligroso para vosotros que *Teresa la filósofa*. Podrías hacerle tomar un odio mortal a la lectura y sumergirla en un idiotismo completo, dándole a leer *Maria Alacoque*, el *Cepillo de la Penitencia*, o las canciones que estaban de moda en tiempo de Luis XV; pero más adelante encontraréis en este libro los medios de ocupar

a vuestra mujer de manera que no le quede tiempo para la lectura.

Y, ante todo, ved los recursos inmensos que os proporciona la educación de las mujeres para apartar a la vuestra de su pasajera afición por la ciencia. Observad bien la admirable estupidez con que las solteras se han prestado a los resultados de la enseñanza que se les impuso en Francia; las ponemos en manos de niñas, de señoritas de compañía y de ayas, que tienen veinte mentiras de coquetería y de falso pudor que enseñarles, por cada idea noble y verdadera que inculcarles. Las jóvenes están educadas como esclavas, y se acostumbran a la idea de que han venido al mundo para imitar a sus abuelas, o sea para criar canarios, formar herbarios, regar rosarios de Bengala, hacer encaje o bordar ropa. Por eso a los diez años, aunque una niña tenga más ingenio que un muchacho de veinte, es tímida, torpe, tiene miedo a una araña, dice tonterías, habla de modas y no tiene valor para ser madre ni esposa casta.

He aquí la marcha que se ha seguido: se les enseña a pintar rosas y bordar fichúes para ganar cuarenta céntimos diarios. Habrán aprendido la historia de Francia en *Le Ragois*, la cronología en las *Tablas del ciudadano Chantreau*, y se habrá dejado que su imaginación se canse con el estudio de la geografía; en una palabra, que se había obrado de modo que no aprendieran nada que fuese peligroso para su corazón; pero al mismo tiempo que se obra así, sus madres, sus institutrices, les repiten con voz infatigable que toda la ciencia de una mujer consiste en la manera como sabe manejar esa hoja de higuera (1) con que se tapó nuestra madre Eva. No habrán oído durante quince años otra cosa, decía Diderot, que: «Hija mía, tu hoja de higuera está mal; hija mía, tu hoja de higuera está bien; hija mía, ¿no estaría mejor así?»

Mantened, pues, a vuestra esposa en esta noble y hermosa esfera de conocimientos. Si por casualidad deseara tener una biblioteca, compradle a Florián, Malte Brun, *El gabinete de las hadas*, las *Mil y una noches*, las *Rosas*, de Redouté, las *Costumbres de la China*, los *Pichones*, de la señora Knip, la gran obra sobre Egipto, etcétera. En fin, poned en práctica la gran idea de aquella

(1) El autor se refiere indudablemente a los vestidos y a la mayor o menor coquetería con que las mujeres los llevan.—(N. del T.)

francesa que, al oír el relato de un motín ocasionado por la carestía del pan, decía: «¿Por qué no comen tortas?»

Acaso llegue un día en que vuestra mujer os eche en cara el que estáis silenciosos y de mal humor, promoviendo así una cuestión; acaso os diga que sois muy amable cuando digáis algún chiste; pero estos son ligerísimos inconvenientes de nuestro sistema, y, por lo demás, ¿qué puede importaros que la educación de las mujeres sea en Francia el absurdo más chocante y que vuestro obscurantismo marital os haga dueño de una muñeca? Como que después de todo no tenéis bastante valor para emprender una obra más grande, ¿no es preferible conducir a vuestra mujer por el carril más ordinario del matrimonio, que no aventurarla por los peligrosos precipicios del amor? Ella se contentará con ser madre, y vosotros no creo que pretendáis tener Gracos por hijos, sino ser realmente *pater quem nuptiæ demonstrant*. Ahora bien, para ayudaros a lograr vuestro objeto, tenemos que convertir este libro en un arsenal donde cada uno, según el carácter de su mujer o el suyo, pueda escoger el arma conveniente para combatir el terrible genio del mal, dispuesto siempre a despertar en el alma de una esposa; y como, bien considerado, los ignorantes son los mayores enemigos de la instrucción de las mujeres, esta Meditación será un breviario para la mayor parte de los maridos.

Una mujer que ha recibido una educación varonil posee, indudablemente, las condiciones más necesarias para contribuir a la felicidad propia y a la de su marido; pero una mujer así es tan rara como la felicidad misma; ahora bien, si no poseéis una mujer análoga por esposa, debéis mantener a la vuestra, si queréis conservar la felicidad común, dentro del mismo círculo de ideas en que ha nacido, pues es preciso no olvidar que un momento de orgullo en ella puede perderos, del mismo modo que si eleváis al trono a un esclavo, será lo más probable que abuse de su poder.

Después de todo, siguiendo el sistema prescrito en esta Meditación, un hombre eminente siempre podrá lograr ser comprendido por su mujer usando un lenguaje que esté en consonancia con su cultura, suponiendo que hubiese cometido la locura de unirse con una de esas criaturas vulgares, en lugar de haberlo hecho con una de esas jóvenes cuyo corazón y alma hubiese examinado durante mucho tiempo y detenidamente.

No se crea que esta última observación matrimonial tenga por objeto prescribir a todos los hombres *eminen-*

tes el que busquen *mujeres eminentes*, ni queremos tampoco que podáis acaso interpretar nuestros principios en el sentido de que se debe imitar a la señora de Stael, que intentó unirse a Napoleón. Al contrario, creemos que estos dos seres hubieran sido muy desgraciados con tal unión, y que Josefina era una esposa mucho más a propósito para el héroe, que aquel marimacho del siglo XIX.

En efecto, cuando ensalzamos a esas *jóvenes inhallables*, tan felizmente educadas por la casualidad, tan bien dotadas por la naturaleza, y cuya alma delicada soporta el rudo contacto de la gran alma de lo que nosotros llamamos un *hombre*, nos referimos a esas nobles y raras criaturas cuyo modelo nos ha dado Goethe en su obra titulada el *Conde de Egmont*; nos referimos a esas mujeres que no buscan más gloria que la de desempeñar bien su papel, doblegándose con admirable docilidad ante la voluntad de aquellos a quienes la naturaleza les ha dado por dueños, elevándose y rebajándose sucesivamente de la inmensa esfera de sus pensamientos, a la sencilla tarea de divertirlos como si fuesen niños; comprendiendo, ya la grandeza de esas almas, ya sus palabras más insignificantes o sus más sencillas miradas; felices con el silencio, felices entre el bullicio, y adivinando, en fin, que los placeres, las ideas y la moralidad de un lord Byron no deben ser iguales a las de un sombrerero. Pero detengámonos; esta materia nos llevaría demasiado lejos de nuestro objeto: aquí se trata del matrimonio y no del amor.

MEDITACION XII

HIGIENE DEL MATRIMONIO

Esta Meditación tiene por objeto llamar vuestra atención sobre un nuevo modo de defensa mediante el cual subyugaréis de un modo invencible la voluntad de vuestra mujer. Se trata de la reacción producida en la parte moral por las vicisitudes físicas y por las sabias degradaciones de una dieta hábilmente dirigida.

Esta grande y filosófica cuestión de medicina conyugal hará sonreír sin duda a toda esa serie de gotosos impotentes y a esa legión de viejos de que hemos hecho ya

mención en el artículo de los predestinados; pero hay que tener en cuenta que sólo va dirigida a esos maridos que tienen la audacia suficiente para emplear en su conducta un maquiavelismo digno de aquel gran rey de Francia que quiso asegurar la felicidad de la nación a costa de algunas cabezas feudales. Esta cuestión es análoga. Consiste, como aquélla, en la amputación o inhabilitación de algunos miembros para la mayor felicidad de la masa común.

¿Podéis creer seriamente que un soltero sometido al régimen de la hierba anea, de los pepinos, de las verduras y a la aplicación de sanguijuelas en las orejas, recomendada por Sterne (1), estaría en disposición de atender al honor de vuestra mujer? Suponed que un diplomático hubiera tenido el talento de aplicar al cráneo de Napoleón una cataplasma permanente de harina de linaza, o de hacer que le administrasen todas las mañanas una lavativa de miel; ¿creéis que Napoleón, Napoleón el grande, hubiera conquistado la Italia? ¿Sufrió o no durante la campaña de Rusia una disuria acompañada de terribles dolores?... He aquí una de esas cuestiones cuya resolución ha interesado al mundo entero. ¿No es cierto que los refrigerantes, las duchas, los baños, etc., producen grandes cambios en las afecciones más o menos agudas del cerebro? En medio de los calores del mes de julio, cuando todos vuestros poros transpiran y restituyen lentamente a la abrasadora atmósfera las bebidas heladas que habéis apurado de un solo trago, ¿no sentís aquel foco de valor, aquel vigor intelectual que algunos meses antes os hacía la existencia dulce y soportable?

Reconozcamos en principio que si el medio atmosférico influye en el hombre, éste, a su vez, debe influir con mayor razón, en la imaginación de sus semejantes, según el mayor o menor vigor, y la mayor o menor potencia de su *voluntad*, que produce una verdadera atmósfera en torno suyo.

Ahí está el principio del talento del actor, el de la poesía y el del fanatismo, pues la una es la elocuencia de las palabras, como el otro es la elocuencia de las acciones; ahí está, en fin, el principio de una ciencia que hoy se halla en pañales.

Esta *voluntad* tan poderosa de hombre a hombre, esta

(1) Célebre escritor inglés, autor del *Viaje sentimental* (1713-1768).—(N. del T.)

fuerza nerviosa y fluida, eminentemente móvil y transmisible, está también sometida a la mutabilidad de nuestra organización, y hay muchas circunstancias que hacen variar a este frágil organismo. Llegados aquí, no seguiremos adelante en nuestra observación metafísica, y pasaremos únicamente a hacer el análisis de las circunstancias que influyen en la voluntad del hombre, conduciéndola al más alto grado de fuerza o de postración.

Sin embargo, no vayáis a creer que nos proponemos aconsejaros que pongáis cataplasmas al honor de vuestra mujer, que la encerréis en un estuche o que la selléis como a una carta; no. Tampoco trataremos de desarrollar el sistema magnético que ha de procuraros poder suficiente para que vuestra voluntad triunfe en el alma de vuestra mujer; no habría marido que aceptase la dicha de un amor eterno al precio de esa tensión perpetua de las fuerzas animales. Procuraremos, sí, desarrollar un sistema higiénico poderosísimo, mediante el cual lograréis extinguir el fuego cuando éste haya hecho presa en la chimenea.

En efecto, existe en las costumbres de algunas esposas de París y de provincias un suficiente número de recursos para conseguir nuestro objeto, sin necesidad de ir a buscar al arsenal de la terapéutica las cuatro semillas frías, el nenúfar (1) y otras mil invenciones dignas de hechiceros. Dejaremos también a Elien (2) su hierba anea, y a Sterne sus pepinos y sus verduras, que tienen virtudes antiflojísticas demasiado evidentes.

Dejad a vuestra mujer tenderse y permanecer días enteros sobre una de esas muelles butacas donde se sumerge la mitad de su cuerpo en un verdadero baño de algodón en rama o de blandas plumas.

Por todos los medios que no puedan causaros remordimientos de conciencia, favoreced esa propensión de las mujeres a no respirar más que el aire perfumado de una habitación entreabierta y donde la luz apenas penetra a través de las voluptuosas y diáfanas muselinas.

Otendréis efectos maravillosos con este sistema, después de haber sufrido, como es natural, alguna vez, los excesos de su exaltación; pero si tenéis la fuerza de vo-

(1) Planta acuática de raíz larga y muy gruesa, con un jugo viscoso. Sus hojas son grandes y redondeadas y sus flores blancas. Los antiguos le atribuían virtud contra los deseos amorosos.—(N. del T.)

(2) Escritor griego del siglo III.—(N. del T.)